

DANIEL FOPIANI

**LA
MELODÍA
DE LA
OSCURIDAD**



DANIEL FOPIANI

LA MELODÍA DE LA OSCURIDAD



ESPASA  NARRATIVA

© Daniel Fopiani, 2019
Editabundo Agencia Literaria, S.L.
www.editabundo.com
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A. Primera edición:

Primera edición: enero de 2019

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 28.481-2018
ISBN: 978-84-670-5420-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

20.27 h. Paseo marítimo de Cádiz, 24 de abril de 2016

—No sabía que envejecer doliese tanto.

Adriano estiró el cuello para levantar el rostro hacia el cielo, como si fuese un girasol en busca de acaparar hasta el último rayo de calor. Su mujer hizo caso omiso de sus quejas, de los lamentos propios de aquel que ha perdido la ilusión por los colores de forma prematura. Ella prestaba toda su atención a la novela que mantenía apoyada entre las rodillas. En esa postura, con las piernas encogidas sobre la silla, parecía una quinceañera.

Estaban sentados en la terraza de un chiringuito frente al mar. Como lo hacen las parejas corrientes. Eso les gustaba, se sentían mejor cuando hacían cosas de personas normales. Si en ese momento le hubiesen sacado una foto, podrían haberla publicado en cualquier red social sin problemas. En la mesa había una copa de cristal con un resto de vino rosado y un cenicero repleto de colillas. La arena de debajo de las sillas estaba llena de huesos de aceitunas y trozos de pan, haciendo que las gaviotas asediasen el chiringuito.

Acho no paraba de removerse inquieto entre las patas de la mesa. Libraba una batalla interior entre dejarse llevar por su alma de perro y jugar con los pajarracos o contenerse,

una vez más, y comportarse como un animal de compañía adiestrado y sumiso. A Adriano nunca le habían gustado los animales ni los niños. Mucho menos los chuchos. Pero dejar escapar un tren ya había sido suficiente. Así que aceptó el capricho de su mujer de tener un compañero canino. Bueno, vale, lo que tú digas, pero déjame en paz de una puñetera vez. Y desde entonces, cada día se preguntaba cómo pudo ceder a la obligación de sacar a un labrador cada seis horas para que cagase y mease en la calle. Suponía que lo hizo por hacerla feliz, por darle una satisfacción a cambio de todas aquellas que nunca pudo ofrecerle.

—Acho, estate quieto, joder.

—Tranquilízate, cariño. ¿Quieres que te aguante yo un rato al perro?

Adriano alargó el brazo por toda respuesta. La mano de Patricia le recogió la correa con un tacto suave y cariñoso, como si quisiera recordarle que allí estaba ella, para aguantarle el perro, para lo que necesitase, para hacerle la vida un poco menos dolorosa.

—¡Acho, ven aquí! —Patricia cogió al animal en peso y se lo puso en la falda—. Pero deja a las gaviotas en paz y déjame leer, anda, guapo.

Adriano volvió a inclinar la cara en dirección al sol mientras escuchaba a su mujer hablar con Acho como si fuese una persona. Le agradaba oír su voz, le tranquilizaba saber que estaba ahí, conversando con total naturalidad con un animal. En algunas ocasiones se dejaba arrastrar por la imaginación y fantaseaba con que su mujer le hablaba a una niña, o a un niño, igual daba. Se inventaba un hijo que duraba apenas unos segundos, que estallaba como una pompa de jabón en el momento en el que el perro ladraba, tosía o gruñía.

Intentó abstraerse y disfrutar de la templanza del ambiente primaveral. Casi podía notar los rayos del sol acar-

ciarle la piel como hormigas de terciopelo. Atrajo sus manos hasta su regazo y colocó la palma derecha bajo la izquierda en la postura meditabunda propia de un principiante. Intentó regular la respiración. A pesar de encontrarse a escasos metros de la orilla, el arrullo del mar llegaba hasta sus oídos con una lejanía inalcanzable. Las voces confusas de la playa se mezclaban junto al cante repetitivo del vendedor ambulante de refrescos, el quejido de las gaviotas y las risas nerviosas de los niños en el agua. No le hizo falta ver a su esposa para saber que probablemente había dejado de leer para observar, con la media sonrisa de los soñadores, a cualquier renacuajo que anduviese por allí con una pelota hinchable o jugando a construir castillos de arena.

No quiso moverse, por aquello de favorecer la concentración, pero de repente la postura comenzó a resultarle incómoda. Ese universo cuasi perfecto que lo rodeaba se convirtió en un paisaje grisáceo y deprimente. Llevaba gafas de sol, pero ellas no eran las culpables de que todo hubiese perdido el color de forma repentina. De que nada valiese ya la pena. Notó cómo la respiración se le aceleraba. Se removió en la silla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, déjame tranquilo.

Una fina cortina de sudor comenzó a perlarle las arrugas de la frente y una palidez apenas perceptible se había adueñado de la poca viveza que le quedaba a su rostro. Se concentró en controlar la respiración y hacer espiraciones profundas, pero los chillidos de los niños en la orilla se le clavaban como estacas ardientes en el pecho. Hacía unos meses, Patricia había descolgado el teléfono para informarse sobre todos los trámites para solicitar la adopción. Al parecer cumplían todos los requisitos y el dinero no suponía obstáculo alguno. Que si un chino, un ruso, un africano. Que si chica o chico. Ella nunca había perdido la ilusión,

pero Adriano terminó aquella conversación de forma tajante: él quería un hijo propio, carne de su carne. Un hijo que nunca tendría. Que nunca existiría.

¿Un ahogo? No exactamente. Es una mano invisible que le aprieta la garganta cada vez que recuerda lo que es. Lo que ya no es.

—Vámonos, cariño. Ya llevamos bastante tiempo aquí. Además, ya me ha dado mucho el sol en los hombros —dijo Patricia, en un claro tono de compasión mientras se miraba los tirantes—, luego me quemo la piel y no hay quien me aguante. Así que vámonos, venga.

Sin dar opción a la réplica se levantó, dejó el perro en la arena y fue a ayudar a su marido para que se alzase de la silla.

Adriano farfulló, como de costumbre, mientras volvía a reprocharle esa atención exagerada. Como aquel que se queja del oxígeno que respira. De algo sin lo que, en realidad, no podría vivir. Se irguió a duras penas, agarró la correa del perro que le acercaban hasta la mano y acertó a coger el bastón para invidentes que estaba apoyado en un lado de la mesa.

Los tres se marcharon de la playa, dejando que sus siluetas se recortasen en un sol que comenzaba a morir.

Él ya lo hizo en el momento que se cruzó con aquel maldito bastón.

CAPÍTULO 2

21.09 h. Piso franco, 24 de abril de 2016

Alceo deslizó la cuchilla sobre su cabeza afeitada, suspirando de placer cada vez que la afilada herramienta rasuraba unos vellos diminutos que amenazaban con tapar parte del dibujo. Se consideraba a sí mismo una obra de arte. Desnudo, delante de un espejo roto y oxidado, contemplaba la infinitud de diseños que decoraban su piel.

Desde que el hombre comenzó a tener uso de razón, siempre se había tatuado con la intención de ofrecer su cuerpo en sacrificio. Un ritual milenario que había acabado degenerando en una práctica mundana compartida por millones de personas en la actualidad. Desde aseados adolescentes que aún no saben ni mirarse la talla de los calzoncillos hasta drogadictos empedernidos. Cualquiera podía sentarse en un estudio a grabarse la piel: un tribal o un conejito de *Playboy* que pasaría de moda y dejaría de gustar a los dos años. Pero muy poca gente, sin contar con algunas tribus indígenas del sur de África, recordaba o conocía el fin primigenio del tatuaje.

La ofrenda de la piel en sacrificio.

Alceo levantó los brazos y estiró su musculoso cuerpo mientras observaba su reflejo en el espejo caleidoscópico.

Un torso perfecto, marcialmente esculpido y casi cubierto en su totalidad por la tinta azulada de los tatuajes. Satisfecho, se pasó la palma de la mano por el brillante cuero cabelludo y sonrió. Dejó la cuchilla sobre el lavabo, envolvió su desnudez de metro ochenta con un albornoz robado del hotel Barceló y recorrió el pasillo a grandes zancadas. El aire del amplio salón estaba cargado con la fragancia del incienso. Jenica lo había preparado todo y ya estaba allí para esperarle. Pero él hizo como si no estuviese en la sala, como si no existiera. Simplemente se arrodilló a su lado y quedó enfrentado a la pequeña mesa de madera donde tenía la estatua de Hera a modo de altar. Una diosa de naturaleza celosa y vengativa que se había convertido en su mayor enemiga, siendo a la vez la única capaz de concederle la expiación total por sus pecados. Por eso le brindaba tanta veneración. No había otra deidad capaz de volver loca a una persona, de sacar lo peor que tiene uno mismo guardado en lo más profundo del alma, además de enseñar el camino hacia la esperanza. Hacia el perdón.

Era la versión más económica que había encontrado en internet. Una estatua de resina que imitaba perfectamente la piedra esculpida. Representaba a la deidad majestuosa y solemne sentada en el trono y coronada con el *polos**. En su mano derecha llevaba una granada, símbolo de la fértil sangre y la muerte.

Alceo cerró los ojos y volvió a agradecerle a aquella divinidad desusada la oportunidad de redención. Tenía unas tareas que cumplir y ya estaba todo organizado, cerrado. Hizo una inspiración profunda. Sentía a Jenica a su lado, no estaba solo. Y eso ayuda cuando se tiene que dar el primer paso de un largo camino. Llevaba meses trabajando para que

* Una alta corona cilíndrica reservada solo para las grandes diosas.

todo estuviese perfectamente coordinado, para que no hubiese fisuras en el plan que lo llevaría a la luz de la redención. Su absolución estaba cada vez más cerca. Solo tenía que ponerse manos a la obra. Esa noche, el primer peón abriría el juego.

Agachó la mirada y leyó para sí la frase que tenía tatuada en el antebrazo izquierdo, allí por donde discurre la arteria radial.

Αίμα καθαρίζεται με αίμα.

La sangre con sangre se limpia.